

1.ª Que nuestro mundo cotidiano es susceptible de una revalorización existencial.

2.ª Que el «prestigio entium» se logra por una potenciación de su realidad existencial, nunca por una irrealización.

3.ª Que esta revelación de la existencia es constitutiva de lo cinematográfico y muy poco frecuente en la vida ordinaria.

Observemos que nuestro mundo cotidiano le interpretamos de común como algo que es más o menos importante, según nos afecte más o menos. De suerte que los seres no nos afectan cuando son más importantes sino que ganan importancia cuando más nos afectan. En otras palabras, que una cierta «afectio» provoca la visión de las cosas con nueva intensidad.

Admitimos comúnmente que un fusil es más importante para nosotros existencialmente cuando nos apunta con una bala en la recámara que cuando descansa descargado en el armero. Este realce de su existencia se debe precisamente a que nos apunta, pues si dirigiere su cañón hacia otra persona quizás no nos conmoviera tanto.

Ahora bien, esta interpretación supone que el existir de nuestro contorno no tiene, en la realidad objetiva, más viveza unas veces que otras, sino simplemente que nosotros se la otorgamos. Pero cabe suponer, que el existir de nuestro contorno esté en la vida ordinaria como apagado y oscurecido por la habitudad de nuestro contacto con él, y que un choque anímico despierte en nosotros una dormida capacidad de ver más profundamente ese existir. A mi juicio eso es exactamente lo que hace el cine y, en la generalidad de mi tesis, la técnica en su tercer estado, despertar en nosotros por un fuerte choque, la capacidad de ver el existir desde una perspectiva antes velada. Situación que, además, es común a toda nuestra cultura actual. En resumen; que si la técnica nos sirve de testimonio de cómo en un cierto momento la existencia en cuanto tal de lo circundante fué oscurecida por una paulatina cosificación, y, en

